

La cámara como terapia.

Las fotos de guerra de Antoni Campañà (1936-1939)

A lo largo del siglo xx la fuerza y el poder de la imagen han cambiado la percepción de las sociedades de masas respecto a los acontecimientos políticos, sociales y culturales. Es precisamente por este motivo que todos los regímenes se han esforzado en controlar el trabajo de los fotógrafos y por apropiarse de sus archivos. Para poder transmitir a la ciudadanía lo que de “verdad” ha sucedido, ha pasado; aquello que las imágenes fotográficas, como ningún otro medio, nos ayudan a explicar o a manipular. Antoni Campañà (1906-1989) es uno de esos nombres “muy conocido entre los desconocidos” que sintetiza la fotografía a

lo largo de la pasada centuria en toda su amplitud. Pictorialista, maestro del bromóleo, de la postal turística, de la fotografía deportiva o del revelado, hasta el 2019 permanecía casi inédita una parte de su trayectoria que lo combina todo: su inmenso, rico y complejo fondo de la Guerra Civil.

Escondidas en su casa de Sant Cugat del Vallès a punto de ser derruida treinta años después de su muerte, aparecieron dos cajas. ¿Qué contendrían? Un descubrimiento absolutamente inesperado: más de 5.000 fotografías de la guerra. Un enorme friso de la vida en guerra. Republicano, catalanista



Esto es nuestra casa. Dos mujeres entre los escombros en Poble-sec.
14 de marzo de 1937. Antoni Campañà.



El gran hermano nos controla. 1936. Antoni Campañà.



Polonia se acerca. Barcelona, como Praga o Viena antes y Varsovia poco después, vivirá la presencia nazi.
21 de febrero de 1939. Antoni Campañà.

y católico practicante, Campañà retrata una realidad trágica y contradictoria, rica en matices, con contrastes que son muchas veces dolorosos. Una mirada sin contemplaciones y sin una causa para defender. Un retrato de su ciudad y de su país donde nada queda al margen. Una terapia a través del visor de la cámara que le ayudaría a soportar el trauma de la guerra. Un tesoro que amplía los horizontes del ya rico patrimonio fotográfico del país.

Desde arcos de iglesias víctimas de la iconoclastia revolucionaria hasta retratos de ácratas tan atractivos que los mismos anarquistas hicieron postales de estos. Desde protestas por la escasez de alimentos delante de la Pedrera hasta soldados del Tercer Reich desfilando por la Diagonal. Acabada la tempestad, Campañà enterró sus fotografías. No quiso que las viera nadie, pero no las destruyó. Un fotógrafo no puede renunciar a aquello que sus ojos han visto e interpretado. ¿Para quién era ese testimonio? Hoy, afortunadamente, es para todos nosotros.